

Un bien certero editorial aparecido en «La Vanguardia», número correspondiente al pasado día 25 de septiembre, quiso venir, muy oportunamente por cierto, a ponernos en guardia respecto a la ya desmesurada y alarmante extensión que, cada día más, va tomando entre nosotros ese bastante mal enfocado hábito de anunciar, de presentar, de ofrecer todo, o casi todo, en lengua extranjera, así de buenas a primeras, como si la escena tuviese lugar en pleno Tánger, pongamos como ejemplo de ambiente típicamente internacional.

Realmente la cosa, por lo que va cundiendo, y muy especialmente en zonas que, como la nuestra, en muchos aspectos, y nos agrada o no hemos de considerar ya feudos inevitables del turismo forastero, adquiere claros caracteres de hipertrofia del, que por otra parte indispensable y sutil, arte de la hospitalidad, la cual, si ha de ser enteramente digna tanto del que la otorga como del que la recibe, no ha de llegar a rozar nunca con las fronteras del servilismo, por remunerador que el ejercicio de éste pudiera resultar.

En efecto, cosa corriente por demás es ya ver colgados en abrumadora profusión en tiendas, bazares y comercios de toda laya, los machacones carteles anunciadores — algunos inclusive con el acompañamiento gráfico de los colores de las distintas nacionalidades — de que en el local se halla quién maneja uno, dos, tres y hasta más idiomas extranjeros, aunque también es verdad que en más de una ocasión, ello no pasará de ser pura ilusión del dueño

# Ómnico

## ALGO HAY DE ESO

del establecimiento impresionado por un su retoño en precosidad que, seguramente por todo bagaje filológico no hizo más meritoria cosa que adquirir algún librito de esos en que, por unas cuantas pesetas, se ofrece al lector «hablar un idioma extranjero en .. «diez días» ¡Buena ganga, si fuera verdad!

Pero, pensarán ellos, espléndido señuelo el tal, después de todo, si el políglota ardid nos sirve a maravilla para aumentar la caza de las suculentas alondras forasteras que, en handadas cada vez más nutridas, los veranos especialmente, vienen a posarse, encandiladas, en nuestros lares, tan afortunados en luz, color y ambiente, y a cuyo moroso paso aquellos de nuestros más avisados conciudadanos cuidan de situar estratégicamente infinidad de rutilantes espejuelos que las atraigan y pongan a tiro de su personal provecho; que aún entre «mussols» siempre suele anidar alguna que otra «garsa».

Dar las naturales facilidades a los extranjeros que nos hacen el honor de visitarnos — todo y que sabido es que en este terreno la reciprocidad allende fronteras no acostumbra a ser muy practicada — es, no sólo conveniente, sino hasta obligado por obvias y elementales razones. Pero si interesa — y esto es lo que todos hemos de vigilar — que, al darlas, no caigamos de lleno en ese raro afán extranjerizante, ya no tan claro ni demasiado digno, que, como se califica en el editorial a que en principio nos hemos referido, de prodigarse, sería más bien exponente de «mansedumbre zoológica», además de prestarse también a muy chuscas situaciones como, por ejemplo, la de que nosotros mismos fuéramos involuntarios protagonistas, no mucho ha y, para colmo, precisamente en nuestra propia ciudad natal.

Pues fué ello que, paseando, como unos de tantos despistados turistas forasteros, por una de nuestras más céntricas calles, de esas recientemente puestas al día, — valga, no obstante, como atenuante el hecho de que, aún siendo «ganxons» de pura cepa, habitualmente no residimos en San Feliu, pero suponemos que facha de extranjeros tampoco tenemos ni poca ni mucha — entramos a una tienda sólo con ánimo de hacer una sencilla pregunta. A la sazón íbamos acompañados, y puede que sí, que

antes de penetrar en la tienda de marras hubiésemos estado curioseando en sus escaparates exteriores tan amazotadamente provistos de «souvenirs d'Espagne» con el inevitable tema taurino repetido «ad náuseam»

El caso fué que entramos y aún no habíamos tenido tiempo material de llegar al mostrador, cuando se nos acerca una señorita muy solícita y sonriente ella, eso sí, y con un magnífico francés... de no más allá de Banyuls, óimos, sorprendidos, que nos espeta a boca de jarro:

«— Bonjour, monsieur, quelque petit souvenir pour Madame? Voici...» es decir, el consabido disco para extranjeros.

Nosotros, un tanto azorados por la confusión de la vendedora, pero deseosos de aclararla en el acto, le contestamos, sacando lo mejor de nuestra querida fonética «ganxona»:

«— Oh, no, no, ca barret, res d'això! Nomes vollem preguntar si encara existeix a Sant Feliu una botiga que en deiem a casa Rifana...»

Como puede suponer el lector, el efecto que, en el mixtificado ambiente mercantil, produjo nuestra sencilla aclaración hecha en expedita lengua vernácula, fué cosa realmente digna de presenciarse.

En catalán tenemos una frase hecha que compendia muy bien cuanto estamos glosando, decimos «Fer-ne un gra massa».

Eduardo Bardas Planellas

### Carrerilla Semanal

#### Mixomatosis

A la raza conejil  
hoy se cierne la desgracia;  
además del cazador,  
un virus mortal la amenaza.  
Y no sabe don conejo  
qué partido ha de tomar:  
si rendirse a la escopeta  
o esconderse en la floresta  
con peligro de enfermar.

#### MORALEJA

Si la sentencia es de muerte,  
da igual una que otra suerte.

✱

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
13 OCTUB. 1955

Núm. 403

Año VIII